

Corvino.—Gracias, querido Mosca.

Mosca.—Libremente, de suyo, sin que se le pida...

Corvino.—Bien.

Mosca.—Como la verdadera y ferviente prueba de su afecto, á su mujer, á su propia mujer, á su encantadora y virtuosa mujer, la única beldad que tiene precio en Venecia.

Corvino.—Bien dicho (1).»

¿Dónde se encontrarán bofetadas semejantes dadas en pleno rostro por la violenta mano de la sátira?—Celia se queda sola con Volpone, que, despojándose de su fingida enfermedad, se acerca á ella tan radiante de juventud y de alegría, tan ardiente como el día en que representó en las fiestas de la República el papel del bello Antinoo. Transportado, entona una canción de amor; la voluptuosidad le lleva á la poesía, porque la poesía es entonces en Italia la flor del vicio. La enseña las perlas, los diamantes, los carbunclos. Se exalta al ver los tesoros que derrama y hace brillar ante su vista. «Llévalos, piérdelos; me queda todavía un pendiente con que poder recuperarlos y comprar este Estado entero. Una perla que vale un patrimonio privado no es nada. Eso nos lo comeremos nosotros en una comida. Las cabezas de los loros, las lenguas de los ruiseñores, los sesos de los pavos reales y de los avestruces serán nuestros alimentos... Tus baños serán el zumo del alhelí, la esencia de rosa y de violeta, la leche de los unicornios, el aliento de la pantera, recogidos en odres y mezclados con vinos cretenses. Beberemos oro y ámbar hasta que veamos girar el techo vertiginosamente sobre nuestras cabezas; y bailará mi enano, cantará mi eunuco y hará pantomimas mi bu-

(1) *Ibidem.*

fón, mientras nosotros, bajo formas diversas, representamos los cuentos de Ovidio, ora tú como Europa y yo como Júpiter, ora yo como Marte y tú como Ericine, y así sucesivamente, hasta que hayamos recorrido todas las fábulas de los dioses (1).»

Se ve bien en estos esplendores de la disipación á la Venecia que fué trono de Aretino, á la patria de Tintoreto y Veronés. Volpone coge á Celia. «¡Oh! ¡en nombre de la conciencia!—¿La conciencia? Es la virtud de los mendigos; cede, ó te tendré por la fuerza.» Pero en esto Bonario, el hijo desheredado de Corbaccio, á quien Mosca había escondido allí con otra idea, sale de pronto, la libra, hiere á Mosca y acusa á Volpone, ante el tribunal, de impostura y de raptó.

Los tres bellacos que aspiran á la herencia trabajan por salvar á Volpone. Corbaccio reniega de su hijo y le acusa de parricidio. Corvino declara á su mujer adúltera y concubina descarada de Bonario. Jamás se vió en escena tal desenfreno de mentira, tal franqueza de maldad. El marido, que sabe que su mujer es inocente, es el más desafortado de todos. «Esta mujer, con perdón de vuestras paternidades, es una zorra de lo más caliente que se ha visto... Relincha como una yegua.» Y así continúa en términos más violentos cada vez y en descripciones cada vez más precisas. Celia se desmaya. «¡Soberbio!—dice.—¡Bonita pamema(2)!» Hacen que se lleve ante el tribunal á Volpone, que parece expirante; forjan falsos testimonios, y Voltore los hace valer, con su lengua de abogado, en palabras «que valen á cequí la pieza». Se encarcela á Celia y á Bonario, y se absuelve á Volpone. Para él esta impostura pública no es sino una comedia más, un ale-

(1) Acto III, esc. V.

(2) Acto IV, esc. II.

gre entretenimiento y una obra maestra. «Burlar al tribunal y desviar el torrente dirigiéndole contra la inocencia, es un placer más grande que si hubiese gozado de la mujer (1).» Para concluir, escribe un testamento á favor de Mosca, se hace pasar por muerto, y mira las caras de los herederos oculto detrás de una cortina. Ellos acaban de salvarle; tanto mejor: así será más grande y peregrina la malignidad. «¡Tortúralos bien, Mosca!» Mosca extiende el testamento sobre una mesa, y hace en alta voz el inventario. «Nueve alfombras de Turquía. Dos cofres esculpidos; uno de marfil; otro de concha de perla. Una caja de perfumes, hecha de un solo ónice.» Los herederos desfallecen de dolor, y Mosca los despide, abrumándolos á insultos. Dice á Corvino (2):

«¿A qué os detenéis aquí? ¿Con qué pensamiento? ¿En virtud de qué promesa? Oid. ¿No sabéis que yo os tengo por un asno, y que me consta que hubieseis sido un alcahuete si la suerte lo hubiera querido, y que sois un cabrón en toda regla? ¿Esta perla, diréis, era vuestra? Muy bien. ¿Este diamante? No lo niego; pero tantas gracias. ¿Otras muchas cosas? Es muy posible. Pues haceos la cuenta de que estas buenas obras pueden servir para tapar las malas.

Corbaccio. — ¡Me has engañado, esclavo, vil parásito!

Mosca. — Sí, señor. Cerrad el pico ú os arranco el único diente que os queda. ¿No sois vos el sórdido y miserable avariento que, todos los días de estos tres años, habéis venido á husmear por aquí con vuestra nariz rastrera en busca de una presa, y que hubieseis querido comprarme para envenenar á mi amo? ¿No

(1) Acto V, esc. I.

(2) Acto V, esc. I.

sois el que ha declarado ante el tribunal que desheredaba á su hijo? ¿No sois el que ha jurado en falso? Andad á vuestra casa, reventad y podríais.»

Volpone sale disfrazado y acaba de cebarse en ellos. Pero Mosca, que tiene el testamento, se da aires de triunfo, y pide á Volpone la mitad de su fortuna. La contienda de los dos tunantes descubre sus imposturas, y el amo, el criado y los tres herederos futuros van á galeras, á la cárcel y á la picota, «donde el pueblo les saltará los ojos con una lluvia de huevos podridos, de pescados infectos y de fruta dañada (1)». No se ha escrito comedia más vengativa, más furiosamente obstinada en hacer sufrir al vicio, en desenmascararle, en insultarle y ajusticiarle.

¿Dónde puede estar la alegría en semejante teatro? En la caricatura y en la farsa. Hay una ruda alegría, una especie de risa física completamente externa, á propósito para este temperamento de luchador y bebedor. Así reposa de la sátira mortífera; la diversión es apropiada á las costumbres del tiempo, excelente para atraer á los hombres que se regocijan mirando ahorcar y se ríen viendo desorejar puritanos. Pongámonos en su lugar un instante, y veremos, como ellos, que la *Mujer callada* es una obra maestra. Moroso es un viejo maniático que odia el ruido y se perece por hablar. Se ha ido á vivir á una calle tan angosta que no puede entrar en ella un coche. Echa á palos á los exhibidores de osos y á los tiradores de espada que se atreven á pasar debajo de sus ventanas. Ha puesto en el arroyo á su criado por llevar unos zapatos nuevos que rechinaban; el criado que le sucede, mudo, usa zapatillas con suelas de lana, y no

(1) Acto V, esc. VIII.

habla más que cuchicheando por un tubo. Moroso acaba por prohibir los cuchicheos y exigir se responda por señas. Amén de esto es rico, es tío y maltrata á su sobrino, sir Delfin, hombre de ingenio, necesitado de dinero. Se ven de antemano todas las torturas que va á sufrir el pobre Moroso. Sir Delfin le envia una supuesta mujer callada, la bella Epicena. Moroso enamorado de sus breves respuestas y de su voz, que apenas se oye, latoma por esposa para jugar una mala pasada á su sobrino. Su sobrino es el que se la juega á él. Epicena, apenas casada, habla, riñe y replica tanto y tan alto como una docena de mujeres. «¿Crelais haberos casado con una estatua, ó con una de esas muñecas francesas cuyos ojos se mueven con un alambre, ó con una idiota sacada del hospital, que se estuviese inmóvil, con las manos así, con la boca torcida y los ojos fijos sobre vos (1)?» Manda á los criados que hablen alto; abre las puertas de par en par á sus amigos. Los amigos acuden en tropel, y felicitan á gritos á Moroso. Cinco ó seis lenguas de mujer le asesinan simultáneamente á cumplidos, preguntas, consejos y reconvenciones. Llega un amigo de sir Delfin con una banda de músicos que se ponen á tocar de repente con todas sus fuerzas. «¡Oh! ¡Una conjuración, una conjuración, una conjuración contra mí! Hoy me toca ser yunque; golpean sobre mí; me harán pedazos; esto es peor que el chirrido de una sierra.» Se ve llegar una procesión de criados cargados de platos; es todo el ajuar de una taberna, que sir Delfin ha mandado llevar á casa de su tío.

Los convidados chocan los vasos, gritan, pronuncian brindis y tienen consigo un tambor y trompetas que mueven una bulla infernal. Moroso huye al so-

(1) Acto III, esc. II.

brado, se encasqueta una porción de gorros de dormir y se tapa los oídos. Los convidados gritan: «Suenen tambores y trompetas. *Nunc est bibendum, nunc pede libero.*»—«¡Miserables! (exclama Moroso). ¡Asesinos, hijos del diablo, traidores! ¿Qué hacéis aquí?» La fiesta va en aumento. El capitán Otter, medio borracho, habla mal de su mujer, y ella se abalanza á su esposo y le zurra de lo lindo. Los golpes, la gritaría, los trompetazos y las carcajadas retumban como un trueno. Es la poesía de la zambra. Hay para estremecer los rudos nervios y levantar con risa inextinguible los pechos robustos de los compañeros de Drake y de Essex. «¡Pillos, perros del infierno! Me han cuarteado el techo y todas las paredes con sus gargantas de bronce (1).» Moroso se lanza sobre ellos con su espadón, rompe los instrumentos, arroja á los músicos y dispersa á los convidados en medio de un tumulto indescriptible, rechinando los dientes y echando chispas por los ojos. En este punto se le dice que está loco, y se diserta delante de él sobre su enfermedad (2). «Este mal se llama en griego *μανία*, en latín *insania, furor, vel etasis melancholica*, es decir: *egressio*, cuando un hombre *ex melancholico evadit fanaticus*. Pero bien podría ser, señora, que no estuviese aún más que *phreneticus*; y la *phrenesis* no es más que el *delirium* con corta diferencia.» Se examina los libros que habrá que leerle en alta voz para curarle. Se añade para consuelo, que su mujer habla dormida y «ronca más que un cerdo».—«¡Oh! ¡oh! ¡qué miseria! (grita el pobre hombre). ¡Salvadme, sobrino mío! ¿Cómo podré obtener el divorcio?» Sir Delfin escoge dos bribones que, disfrazados, el uno de eclesiástico,

(1) Acto IV, esc. II.

(2) Compárese con M. de Pourceaugnac, en Molière.

el otro de legista, se disparan términos latinos de derecho civil y de derecho canónico, explican á Moroso los doce casos de nulidad, le acribillan los oídos con las palabras más estrambóticas de su jerga, y disputan y hacen entre los dos tanto ruido como dos campanas dentro de un campanario. Por su consejo, él se declara impotente. Las personas allí reunidas proponen mantearle; otros piden la comprobación inmediata. Caída tras caída, vergüenza tras vergüenza, nada le sirve; su mujer declara que consiente en tenerle á su lado tal y como es. El legista propone otra vía legal; Moroso obtendrá el divorcio probando que su mujer es infiel. Dos caballeros jactanciosos que están presentes afirman que han sido sus amantes. Moroso, transportado, se abraza á sus rodillas. Epicena llora, y se cree libre á Moroso. De pronto falla el legista que el medio no vale, porque la infidelidad se ha cometido antes del matrimonio. «¡Oh! ¡esta es la peor de las desgracias que ha podido inventar el peor de los diablos! ¡Casarse con una prostituta, y tanto ruido!» Hete aquí á Moroso declarado, á petición propia, impotente y marido engañado á los ojos de todo el mundo, y, por remate, casado á perpetuidad. Sir Delfín interviene como hábil tunante y dios benéfico. «Querido tío, señaladme quinientas guineas de renta, y os salvo.» Moroso firma la donación con mil amores; y su sobrino le dice que Epicena es un joven disfrazado. Añádase á esta farsa animada los papeles bufos de los dos caballeros letrados y galantes que, después de haberse jactado de su valentía, reciben con gratitud, y delante de las señoras, capirotazos y puntapiés (1). Jamás se ha excitado mejor la risotada

(1) Polichinela en *El Enfermo imaginario*, Geronte en *Scapin*.

física. En esa alegría brutal, en ese desbordamiento de jovialidad bulliciosa, se está viendo al robusto comensal, al gran bebedor que trasegaba torrentes de vino de Canarias, y hacia retemblar los vidrios de la *Sirena* con las explosiones de su buen humor.

IV

No pasó de ahí, no era filósofo como Molière, capaz de sorprender y poner en escena los principales momentos de la vida humana, la educación, el matrimonio, la enfermedad, y los principales caracteres de su país y de su siglo, el cortesano, el burgués, el hipócrita, el hombre de mundo (1). Ha quedado por debajo en la comedia de intriga (2), en la pintura de las extravagancias (3) y en la representación de las ridiculeces demasiado temporales (4) ó de los vicios demasiado generales (5). Si acertó á veces, como en el *Alquimista*, por la perfección de la intriga y el vigor de la sátira, fracasó más á menudo por la pesadez de su trabajo y la falta de atractivo cómico. El crítico perjudica en él al artista; sus cálculos literarios le quitan la invención espontánea; es demasiado escritor y demasiado moralista; no es bastante mimico y actor. Pero se resarce por otro lado: porque es poeta; casi todos los escritores, los prosistas y aun los predicado-

(1) *L'Ecole des Femmes*, *Tartuffe*, *Le Misanthrope*, *Le bourgeois gentilhomme*, *Le Malade imaginaire*, *Georges Dandin*.

(2) Como las *Fourberies de Scapin*.

(3) Como los *Fâcheux*.

(4) Como las *Précieuses*.

(5) Como las obras de Destouches.